

KURT LUDEWIG

TERAPIA SISTÉMICA

Bases de teoría y práctica clínicas

*Segunda edición revisada
y ampliada*

Herder

Título original: Systemische Therapie
Traducción: Angela Ackermann Pilá ri
Diseño de la cubierta: Gabriel Nunes

2ª edición, 6ª impresión

© 1992, J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart
© 1996, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-1937-9

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso
de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Publidisa
Depósito legal: B-28.591-20 12
Printed in Spain

Herder
www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Unas palabras introductorias	7
Prólogo a la versión castellana	13
Prólogo	17
Agradecimientos	19
 I. <i>Los orígenes</i>	21
1. Curar en el contexto	21
El marco cultural	22
El marco espiritual	28
Resumen	37
2. Curar por la palabra	40
Las ramificaciones «en deriva» de la psicología	41
Las evoluciones en la psicoterapia	59
Resumen	71
 II. <i>El pensamiento sistémico</i>	75
3. Bases biológicas	75
¿Qué significa «sistémico»?	75
Biología y conocimiento	77
Lo humano	95
La imagen del hombre y la ética	103
Crítica al pensamiento sistémico	108
Resumen	112
4. Bases sociológicas	112
El enfrentamiento con la complejidad	113
La teoría de los sistemas sociales	120
Resumen	136

Índice

III. <i>Teoría clínica</i>	139
5. Los fundamentos teóricos	139
¿Qué significa «teoría clínica»?	140
Terapia y sistemas sociales	140
El concepto de miembro	143
El objeto de la teoría clínica	149
Los sistemas problemáticos	150
Sistemas clínicos	157
Sistemas de ayuda	159
Sistemas terapéuticos	161
Resumen	165
6. Práctica clínica	165
El marco metodológico	166
La práctica de la terapia	171
Sobre sistemas y personas	184
Formación, autoexperiencia, supervisión	191
Resumen	194
7. Constelaciones clínicas	195
Inquietud infantil	196
La anorexia juvenil	204
Crisis psicótica	217
Resumen	228
8. Evaluación	228
La evaluación en psicoterapia	229
La evaluación desde la perspectiva sistémica	232
Primeros resultados	236
Resumen	241
 <i>Apéndice 1</i>	
Casos de inquietud infantil	243
<i>Apéndice 2</i>	
Extractos de entrevistas con una muchacha anoréxica	246
 Índice onomástico	253
Índice analítico	257

UNAS PALABRAS INTRODUCTORIAS

La terapia sistémica, sobre la que versa este libro, ha experimentado en estas últimas décadas un desarrollo vertiginoso. Esto contribuyó decisivamente a que el escenario de las teorías y terapias psicológicas se presente cada vez más complejo y confuso tanto para los miembros de las profesiones asistenciales como para los propios clientes. Por ello parece muy necesario un texto, que se ocupa de esa complejidad, sin dejarse abrumar por ella, que capta lo esencial y lo sistematiza, y que da cuenta del trasfondo histórico y cultural ofreciendo las reflexiones y bases teóricas necesarias sin dejar de relacionarlas en ningún momento con la práctica terapéutica. Un texto de estas características lo constituye el libro que nos ofrece Kurt Ludewig. En él queda depositado el trabajo de reflexión de muchos años y también los esfuerzos necesarios para interrogar y criticar una y otra vez el propio proceder terapéutico y para modificarlo en ocasiones. En mi opinión, ese trabajo ha sido plenamente fructífero: el autor ha conseguido una obra, que abarca un amplio campo y que, sin embargo, difícilmente tiene igual en su singular concisión y cohesión interna.

Ludewig nos permite apreciar los estímulos enriquecedores que significan hoy para el pensamiento sistémico especialmente las aportaciones de dos autores: las del chileno Humberto Maturana y las del alemán Niklas Luhmann. El primero concibió su visión sistémica desde una perspectiva biológica, mientras que el segundo lo hizo desde una perspectiva sociológica. Ambos nos estimulan a repensar nuevamente las suposiciones básicas acerca de las con-

diciones y posibilidades de la conducta social y, por tanto, también de la psicoterapia. Ambos lo hacen a un nivel de abstracción a menudo elevado y en un lenguaje que no pocas veces resulta difícil de entender. Aunque ellos mismos no son terapeutas, se ha mostrado la relevancia de las aportaciones de ambos para la práctica de la terapia sistémica. Pero precisamente en sus aspectos relevantes, ambos parecen contradecirse en puntos importantes debido a sus respectivas suposiciones y diferenciaciones conductoras.

La manera en que Ludewig se confronta con esas contradicciones da buena prueba de su capacidad de captar lo esencial y de iluminarlo al mismo tiempo desde perspectivas diversas, pero también demuestra su capacidad y disposición de pensar de manera autónoma. Por eso puede aportar una contribución original y propia al mentado discurso. Esta contribución queda manifiesta sobre todo en la propuesta del concepto de *miembro*. Con él tiende en cierta manera un puente entre Maturana y Luhmann, dejando patente también la importancia de ambos autores para el trabajo clínico sistémico.

Las implicaciones, que se derivan de las reflexiones de Ludewig para la comprensión no sólo de la terapia sistémica, sino también de la psicoterapia en general, son de gran alcance. Se podría decir que dicha terapia se guía por un concepto de sistema y de cliente radicalmente liberado de su carga patológica. El procedimiento en cada caso se define a partir de la demanda del cliente o de los clientes y esto da testimonio del respeto a las significaciones construidas por los clientes, a sus proyectos de vida y a sus intentos anteriores de solucionar sus problemas; pero sobre todo queda patente el respeto a su autonomía. Y eso significa también que, en definitiva, serán las estructuras de percepción, conocimiento y motivación de los clientes las que decidirán si y de qué manera un terapeuta o una terapeuta, los pueda estimular o alterar. Lo que esto significa en concreto de cara a la práctica lo ilustra Ludewig en los últimos capítulos.

No me cabe la menor duda de que este libro se asegurará un puesto entre los textos fundamentales y orientadores –relativamente escasos– sobre la teoría y la terapia sistémicas.

Me sentí muy honrado y estuve encantado cuando Kurt Ludewig me invitó a que anteponga unas líneas a su libro. No ocurre a menudo que unas ideas, su origen, la historia de su desarrollo y su traducción a unas actuaciones responsables y a menudo decisivas para la manera de enfocar la vida —como las que se reflejan en la presente obra sobre la terapia sistémica—, sean capaces casi en cada página de invitar al lector a entablar una conversación con el autor o consigo mismo. Hace más de medio siglo, cuando yo era joven, asistí y contribuí con un sentimiento de fascinación a las grandes transformaciones que se produjeron en la concepción del mundo físico: los resultados sorprendentes de las teorías de la relatividad, como la equivalencia de masa y energía o la curvatura de nuestro espacio, y las consecuencias de esos hallazgos para la estructura y la historia de nuestro universo; o los resultados, incomprensibles en un primer momento, del comportamiento caprichoso del mundo de las partículas, etc.

Con fascinación y asombro parecidos contemplo hoy la enorme revolución espiritual, que afecta no tanto a nuestro conocimiento del mundo físico cuanto al conocimiento de nuestro conocimiento (o ignorancia) de cualquier tipo de mundo. Tan sólo el paso que da el explorador de esos ámbitos al darse la vuelta para verse y entenderse a sí mismo, puede hacer aflorar a la superficie cosas insospechadas desde las profundidades más hondas de nuestra existencia humana.

Qué cambios tan sorprendentes se producen para la teoría del conocimiento cuando, por ejemplo, tomamos en consideración no sólo el problema del aprendizaje de una disciplina cualquiera, sino cuando el propio aprendizaje se convierte en una disciplina, de modo que así nos confrontamos con el problema del aprendizaje del aprender; o cuando se reflexiona sobre la conciencia de la conciencia, es decir, sobre la autoconciencia; o cuando se intenta hacer transparente incluso en la ambigüedad del lenguaje, que éste unas veces se comporta como si hablase de objetos y otras como si hablase de sí mismo.

Es el estudio explícito o implícito de los conceptos que pueden aplicarse a sí mismos, que en ocasiones hasta se necesitan a sí mismos para generarse, es el estudio de los conceptos «de segundo or-

den» que han abierto la puerta a una epistemología que, por una parte, es el resultado de la práctica de aquellos ayudadores profesionales que ofrecen su asistencia a los mentalmente atormentados y necesitados y que, por otra, refluye a esa práctica como hilo conductor y orientación.

El presente libro es un ejemplo modélico de ese proceso circular, que permite, con cada una de sus circunvoluciones, ahondar más y más las bases filosóficas.

¿Cuáles son esas cuestiones fundamentales, esas fuerzas impulsoras de la revolución actual de nuestro estilo de pensar?

Aunque a primera vista parece como si tales cuestiones tuvieran orígenes diferentes, yo veo algo común a las mismas, que es el esfuerzo por abandonar la milenaria doctrina del observador indiferente, inamovible, no influenciado, aislado, solitario y objetivo, y por preguntarse: ¿Cuáles son realmente las características de ese observador?, ¿a qué se debe que uno narre una cosa y otro narre otra? Más aún, ¿cómo se llega, en general, a narrar? En mi opinión, lo común en esos nuevos planteamientos es el abandono de las perspectivas ontológicas.

La ontología, como se sabe, es la ciencia, la teoría, el estudio del «ser» o, dicho de otro modo, la investigación de «cómo es ello». Pero existe una amplia clase de fenómenos que ontológicamente son inexplicables, que son inaccesibles a la ontología. Quisiera dar aquí algún ejemplo complementario a los numerosos ejemplos de Ludewig.

Desde una perspectiva ontológica nuestro ombligo carece de sentido: es un adorno enigmático en un abdomen totalmente liso. Pero desde un punto de vista ontogénico el ombligo es una necesidad: es la huella de nuestra génesis.

Visto desde la ontología, nuestro lenguaje carece de sentido: un ruido y un cuchicheo monológico. Grandes especialistas han fijado reglas y leyes en este ruido y cuchicheo; pero lo que significa ese extraño comportamiento y cuál es su función es algo que no pertenece al parecer al tema ortodoxo.

Sin embargo, en su obra *¿Qué es el hombre?*, ya Martin Buber dijo:

«Y aunque el monólogo se pueda disfrazar hábilmente de diálogo por cierto tiempo, y un estrato desconocido del yo-mismo humano tras otro pueda responder a la interpelación interna, de modo que el ser humano hace de continuo nuevos descubrimientos figurándose que realmente experimenta una «llamada» y una «escucha», sin embargo llega la hora de la extrema soledad desnuda, en la que el silencio del ser se vuelve insuperable y las categorías ontológicas ya no se dejan aplicar a la realidad.»¹

Mas si, por otro lado, preguntamos: «¿Qué es el lenguaje?», deberíamos saber ya la respuesta, pues de otro modo no habría sido posible preguntar. Es decir, sólo podemos esperar una respuesta cuando profundizamos en el *surgimiento* de la pregunta, porque ella presupone la actitud dialogante.

Por ello, en sus consideraciones sobre la existencia humana —o, para decirlo mejor, en sus consideraciones sobre el «devenir un-ser-humano»— Kurt Ludewig insiste en reflejar no un «yo» solitario en un solitario «tú», sino en buscar la raíz de lo humano en un dinámico «yo-tú», en el «nosotros».

A diferencia de Descartes, quien en su «*Cogito ergo sum*» sólo se confirma a sí mismo, Ludewig señala el camino de la curación mediante una actitud de convivencialidad, de participación e implicación en un grupo social, una actitud dialogante, sistémica, etc., que tal vez pudiera resumirse en esta frase:

«*Cogitamus ergo sumus.*»

Heinz von Foerster
California, junio de 1992

1. M. Buber, *¿Qué es el hombre?*, Fondo de Cultura Económica, México 1973.

PRÓLOGO A LA VERSIÓN CASTELLANA

La presente versión castellana procede de un libro escrito en alemán y publicado en 1992. El original tuvo como propósito resumir el «estado del arte» de la terapia sistémica y fue uno de los primeros en su género, ya que los textos existentes se limitaban, por lo general, a tematizar aspectos específicos. En aquel entonces, en el campo sistémico existía ya un cuerpo de conceptos y modelos lo suficientemente vasto como para servir de base para el diseño de una teoría clínica cabal. Por otra parte, el interés por la formación psicoterapéutica de enfoque sistémico había aumentado de manera notable. Por esta razón no sólo existía un interés científico en textos que presentasen la teoría completa, sino además éstos comenzaban a ser necesarios para la enseñanza profesional. Todos estos aspectos influyeron en que alrededor de 1990 la publicación de un texto básico sobre la terapia sistémica y su fundamento metateórico, su teoría y práctica clínicas apareciera no sólo oportuna sino también imprescindible. De ahí surgió la versión alemana de este libro.

La inevitable demora entre la publicación de un libro y su traducción a otro idioma suele tener como consecuencia una pérdida de actualidad. Por esto me parece importante hacer una breve revisión de los desarrollos que se han producido en los últimos cinco años para que el lector y la lectora puedan así valorar más fácilmente la actualidad del libro presente. En líneas generales se puede constatar que el nivel del discurso alcanzado en esta disciplina hasta principios de los noventa no ha sido hasta ahora esencial-

mente sobrepasado. En el campo teórico se aprecian algunos cambios de enfoque que consolidan y amplían las premisas centrales derivadas del *pensamiento sistémico* expuestas en este libro, pero sin alterarlas fundamentalmente. A modo de orientación cabe mencionar la preocupación por integrar algunos conceptos sociales y de desviación en el marco sistémico tales como el poder, el abuso, la violencia y en la cuestión de la diferencia de los sexos (*gender*), como también el enfoque en narrativas y en los procesos de la construcción social de la realidad (*construccionismo social* según Kenneth Gergen y otros). Estas temáticas sólo pudieron ser esbozadas en este libro.

En el campo de la metodología está ocurriendo en los últimos años un cambio de perspectivas con consecuencias insospechadas. Se trata de la integración y adaptación de algunos postulados de las teorías del caos, de la dinámica de sistemas complejos no lineales y de la sinérgica. Estos conceptos proveen modelos matemáticos que permiten simular y analizar empíricamente el comportamiento de sistemas de alta complejidad. En Alemania ha sido Günter Schiepek¹ quien ha integrado estos elementos de las ciencias formales y naturales a la investigación clínica con el mayor acierto. Los progresos en este ámbito son promisorios ya que permiten confiar en que dentro de pocos años podremos contar con una metodología netamente sistémica que hará posible la investigación de sistemas dentro de toda su complejidad, es decir, sin tener que recurrir a reduccionismos inadecuados.

En la investigación sistémica se está dando un giro importante e innovador hacia la evaluación empírica. Aquí cabe mencionar los meta-análisis de alto grado metodológico del equipo de William Shadish² en los EE.UU. que llegaron a la conclusión de que las terapias de familia y de pareja ya han demostrado inequívocamente su eficacia. Un proyecto con fines similares ha sido encargado en Alemania por las tres asociaciones nacionales de la terapia sistémi-

1. Véase p. ej. G. Schiepek, G. Strunk, *Dynamische Systeme. Grundlagen und Analysemethoden für Psychologen und Psychiater*, Asanger, Heidelberg 1994.

2. Véase p. ej. W.R. Shadish, K. Ragsdale, R.R. Glaser, L.M. Montgomery, «The Efficacy and Effectiveness of Marital and Family Therapy: A Perspective from Meta-Analysis», en: *J. Marital & Family Therapy* 21: 345-360, 1995.

ca y está siendo efectuado actualmente por Günter Schiepek; los resultados señalan en la misma dirección. El retorno a la investigación empírica en el ámbito sistémico significa que, finalmente, se están superando los obstáculos auto-impuestos a principios de los años ochenta. En esa época, cuando se introdujo el pensamiento constructivista como base conceptual del trabajo sistémico, parecía necesario desligarse radicalmente de todo concepto de linealidad y causalidad y, por lo tanto, rechazar todo trabajo empírico y estadístico. Aquel radicalismo de los comienzos está siendo reemplazado por una actitud más serena y mesurada que da lugar a un discurso interno más apto para promover en su entorno una actitud de respeto hacia la terapia sistémica. Asimismo, estos cambios de actitud resultan más favorables para el reconocimiento político y legal de este enfoque terapéutico.

Con respecto a la práctica de la terapia sistémica no se vislumbran desarrollos innovativos de gran envergadura. El trabajo efectuado en este ámbito ha servido más bien para consolidar y perfeccionar los modelos introducidos en la década del los ochenta. Como un aspecto importante hay que mencionar la incorporación de elementos técnicos de otros enfoques psicoterapéuticos. En Alemania, esta discusión ha sido promovida especialmente por Klaus Grawe³ de la Universidad de Berna. Recurriendo a sus extensos meta-análisis sobre la investigación psicoterapéutica, Grawe propone establecer una «*Psicoterapia general*» (*Allgemeine Psychotherapie*). Ésta reuniría todos aquellos elementos científicamente comprobados de las distintas escuelas psicoterapéuticas en una sola forma de psicoterapia. De esta manera se podría transformar la psicoterapia de una confesión en una profesión. El impacto de la obra de Grawe ha sido enorme y ha hecho recapacitar a muchos representantes de las escuelas de psicoterapia creando una necesidad de apertura e intercambio hasta ahora poco conocida. En la terapia sistémica, esta apertura podría significar la integración de elementos técnicos ideados en otros sectores, así por ejemplo, de las terapias individuales las emociones y las nociones de

3. Véase por ej. K. Grawe, R. Donati, F. Bernauer, *Psychotherapie im Wandel. Von der Konfession zur Profession*, Hogrefe, Gotinga 1994.

transferencia, de las terapias conductistas la confrontación y la desensitización, de las psicodramáticas la escenificación de sucesos traumáticos.

Al constatar que los desarrollos posteriores a la aparición del libro original en alemán no alteran fundamentalmente su actualidad, me siento plenamente facultado para escribir este prólogo a la versión castellana como si se tratase del original. El contenido de este libro sigue siendo un resumen totalmente actual del «estado del arte» de la terapia sistémica.

Finalmente quisiera agradecerle al director gerente de la Empresa Editorial Herder en Barcelona, Jan-Cornelius Schulz, por la calidad y responsabilidad de edición demostrada en la realización de este libro. Tras más de treinta años de vida en el ámbito lingüístico germano le debo a Angela Ackermann, la esmerada responsable de la supervisión técnica de la versión castellana, un agradecimiento muy especial: como nativo de Chile y teniendo el castellano como lengua materna me siento honrado de poder autorizar su trabajo sin la menor reserva.

Kurt Ludewig Cornejo
Münster, primavera de 1997

PRÓLOGO

En las páginas que siguen describo las bases teóricas y el estado actual de un proyecto en el que estamos trabajando desde 1978 con la intención de explorar las posibilidades terapéuticas del pensamiento sistémico en el campo psicosocial. En el Servicio para adolescentes del Departamento de Psiquiatría infantil y juvenil de la Clínica universitaria de Hamburgo-Eppendorf, fundado en 1974, habíamos puesto a prueba hasta entonces varios principios terapéuticos, pero en general sólo habíamos obtenido buenos resultados en el tratamiento de jóvenes con «trastornos leves» (y sus familias).

Ante esa situación decepcionante empezamos a buscar otras formas de terapia. Y cayó entonces en nuestras manos el libro *Paradoja y contraparadoja* de Mara Selvini Palazzoli y su equipo milanés. No sólo presentaba un enfoque nuevo y prometedor de terapia para jóvenes «psicóticos», sino que prometía también éxitos rápidos para otros pacientes de «trastornos graves». El libro convencía además por la claridad y elegancia de sus premisas sistémicas y de su metodología. Pronto empezamos a tratar *en equipo* a las familias de jóvenes psicóticos según el modelo milanés. Los resultados fueron tan impresionantes, que elegimos ese enfoque terapéutico como base para constituir un grupo especial de trabajo para realizar un proyecto de investigación, de cuyos resultados voy a informar aquí.

Mientras que al principio sólo nos habíamos propuesto probar en la práctica el «modelo milanés», en 1982 –y alentados por nues-

tros buenos resultados— empezamos a formular nuestra propia contribución a la fundamentación de la terapia sistémica. El resultado de esta labor común es el presente libro, que representa *nuestra* concepción de las bases teóricas y prácticas del enfoque sistémico.

Por «terapia sistémica» entiendo la orientación de la práctica de acuerdo con la teoría sistémica y la teoría constructivista del conocimiento. Lo esencial es que ese trasfondo teórico permite entender la terapia como una ayuda para personas *autónomas*, para hacer posible un cambio óptimo con un mínimo de ingerencia.

Puesto que el principio sistémico es relativamente nuevo, aclaro aquí su trasfondo teórico para hacer transparentes los argumentos expuestos; pero también comento las consecuencias prácticas, para que los terapeutas puedan revisar y orientar adecuadamente su actuación. Presento además las primeras experiencias con la evaluación empírica de este enfoque. Así pues, mi libro no es ni un tratado puramente teórico ni un mero «manual» para la práctica clínica, sino más bien una síntesis monográfica de ambos aspectos. Para ponerlo de relieve y para facilitar la orientación, he añadido a cada apartado un breve resumen.

AGRADECIMIENTOS

La idea y la concepción de este libro surgieron de un trabajo de muchos años y de la discusión con amigos y colegas: Rosemarie Schwarz y Rudolf Dürr fueron miembros fundadores del grupo de trabajo mencionado en el prólogo, al que más tarde se agregaron Ludger Diekamp, Ulrich Hausa y Hans Kowerk. Tras fundar en Hamburgo en 1984 el Instituto para Estudios Sistémicos, se sumaron los colaboradores de esta institución. A todos ellos les debo mucho más de lo que puedo expresar aquí.

Quiero manifestar asimismo mi gratitud:

- a los estudiantes, que me apoyaron en la realización de los proyectos empíricos;

- a mis padres espirituales Humberto Maturana y Heinz von Foerster, que con su amistad me alentaron en el trabajo;

- al fascinante terapeuta clínico Steve de Shazer y al precursor de la terapia sistémica, Harry Goolishian, quien para mi profundo pesar murió de repente en el otoño de 1991: ambos me permitieron participar directamente en sus experiencias prácticas y en sus ideas;

- a mis compañeros y compañeras en la clínica, que durante algún tiempo colaboraron con el grupo de trabajo, y especialmente a mi ex directora, la señora Thea Schönfelder, que alentó generosamente nuestro trabajo, pese a que no adoptamos su estilo de trabajo ni las costumbres terapéuticas de la clínica;

- a los colaboradores del Servicio infantil de nuestro Departamento, que me permitieron concentrarme por algún tiempo exclusivamente en la redacción del libro.

Agradecimientos

Al haber nacido y crecido en Chile, no domino el alemán como mi lengua materna. De ahí mi especial agradecimiento a cuantos me han ayudado en la elaboración del texto. La primera redacción la leyeron y corrigieron Rosemarie Schwarz, Ludger Diekamp, Ulrich Hausa y Ulrich Wilken. Algunas partes del texto las revisaron Eva-Maria Spiller y Ursula Jaspersen (desde una perspectiva «no-sistémica»), Axel Wrede en Bonn y Walter Schwertl en Francfort. Hans Günter Holl ayudó, pese a su distanciamiento crítico del tema, con gran empeño en los preparativos de la publicación. A todos ellos les agradezco no sólo las correcciones estilísticas sino también las sugerencias con respecto al contenido.

Finalmente, quiero expresar mi gratitud de todo corazón a mi mujer Raili, a mi hija Sonia y mi hijo Matti. Con su paciencia amorosa y con su discreción han hecho posible que yo pudiera soportar una «clausura» voluntaria de más de dos años. A ellos les dedico este libro con amor.

Hamburgo, otoño de 1991

LOS ORÍGENES

1. Curar en el contexto

En los dos primeros apartados de este capítulo voy a sondear las raíces de la terapia sistémica en la historia de la psicología y de la psicoterapia dentro del marco de la tradición cultural de la curación. En esta exploración se mostrará que toda curación está firmemente anclada en la imagen que el ser humano tiene de sí mismo y en su concepción del mundo; dicho brevemente, en su forma de vida. Curación y cultura se hallan en una relación de influencia mutua y, dado que la evolución cultural es un proceso abierto, tampoco la teoría y la práctica de la curación pueden alcanzar nunca un punto final de validez definitiva.

La concepción sistémica de la terapia está vinculada –como cualquier otra– al estadio de la historia espiritual y social en cada momento. Por ello esbozo, a modo de introducción, el marco cultural en que el fenómeno social de la curación se presenta como coevolución de pacientes y curadores. Sobre esa base deduzco los esquemas mentales, que desde la antigüedad han guiado la curación, a partir de dos dicotomías de la existencia humana: *ser y devenir*, así como *autonomía y heteronomía*.

El marco cultural

La coevolución de sufrimiento y curación

Para el «hombre primitivo» todo sufrimiento era una fuente de desamparo impuesta por la misma naturaleza. Mas con el desarrollo de la autoconciencia mediante el lenguaje y el pensamiento, se le abrieron nuevas posibilidades de configurar su vida. Así lo confirma la paleopatología, una disciplina que se ocupa de las enfermedades prehistóricas. No sólo enseña que muchas dolencias actuales aparecieron hace ya milenios —y que por eso se denominan impropriamente «enfermedades civilizatorias»—, sino que muestra asimismo que también el hombre primitivo podía curar perfectamente, por ejemplo, ciertas fracturas.¹ Curar supone siempre la colaboración de otros: hombres y animales superiores tienen, pues, una tendencia, fundada en la empatía, a intervenir en ayuda del sufrimiento ajeno. En virtud de esa facultad el ser humano pudo liberarse de considerar todo el sufrimiento como inevitable y descubrió su potencial para controlar de manera consciente los procesos corporales. Ante sus limitaciones distinguió entre sufrimientos «irremediables» y sufrimientos «controlables». El «auxiliador primitivo» debía conocer la naturaleza del padecimiento, usando este saber para poder acompañar empáticamente las enfermedades impuestas por el destino y poder curar aquellas en las que podía influir.

Mientras las enfermedades se atribuyen a influencias «sobrenaturales», no se hace la diferenciación hoy casi generalizada entre factores biológicos, sociales y psíquicos: mediante la curación se pretende restablecer sobre todo el equilibrio entre el paciente, su entorno y lo sobrenatural.² Así, por ejemplo, los mapuches, una tribu india «primitiva» del sur de Chile, atribuyen las enfermedades a la intromisión de espíritus errantes en la vida de los hombres. De ahí que el ejercicio del arte de la curación incumba a las perso-

1. Véase J. Dastague, «Die Paläopathologie», en R. Toellner (comp.), *Illustrierte Geschichte der Medizin*, vol. I, Salzburgo 1986, pp. 19-47.

2. Véase, por ejemplo, W. Schmidbauer, *Psychotherapie: Ihr Weg von der Magie zur Wissenschaft*, Múnich 1971; trad. cast.: *Psicoterapia*, Plaza & Janés, Barcelona 1973.

nas —en su mayoría a las mujeres (*machi*)—, que tienen un acceso privilegiado al mundo de los espíritus y que son capaces de movilizar la fuerza del bien contra el mal. Sin embargo, sus rituales curativos no se limitan a plegarias individuales y a la aplicación de hierbas curativas «buenas», sino que incluyen también a la familia en sus procedimientos ceremoniales.³

Las culturas antiguas de China, la India y Mesopotamia apoyaban ya su arte curativo en procesos orgánicos y, en combinación con los rituales mágicos, utilizaban también procedimientos relacionados directamente con el cuerpo. Así, en todo el ámbito cultural indoeuropeo se distinguieron en principio tres medios curativos: cuchillos (cirugía), plantas (medicación) y palabras o fórmulas sagradas (conjuros, rituales mágicos, en la concepción actual: psicoterapias).⁴ Con esa tradición temprana pudieron enlazar la ciencia y el arte curativos de la antigüedad griega.

En Grecia, a partir del siglo VII a.C., los filósofos (de Tales a Demócrito) empezaron a superar el empirismo ingenuo de las épocas precedentes y a dar a la medicina una base conceptual. A partir del siglo VI a.C., con el creciente desarrollo de la ciencia de la naturaleza, lo mítico y lo racional, aspectos originariamente unidos en un todo, fueron separándose cada vez más: algunos expertos en curaciones acentuaron el primado de lo mítico, manteniendo los arcanos religiosos, mientras que otros se dedicaron a la investigación empírica del cuerpo. La unidad de soma y psique se convirtió en una oposición irreconciliable.

Como ha mostrado el historiador Baissette, fue Heráclito el primero en dar a la medicina nuevas bases conceptuales, con las que pudo desarrollar una metodología fundamentada.⁵ Gracias a su dialéctica se le abrió a la medicina un camino para establecer mutuas relaciones constitutivas entre lo orgánico y lo físico, la materia animada y la inerte, el proceso y la estructura. Así empezó una tradición poderosa de la investigación empírica. Se bus-

3. Véase J. Bengoa, *Historia del pueblo mapuche*, Santiago de Chile 1985; asimismo K. Ludewig, «Schritte in die Vergangenheit», en: *Familiendynamik* 14 (1989), pp. 163-177.

4. Según Baissette, «Die Medizin bei den Griechen», en Toellner, op. cit., p. 179-299, esos tres medios son las formas fundamentales de curación ya en Asclepio y en la antigua medicina iraní.

5. Baissette, op. cit.